



(Capilla de S. Isidro, contigua á la parroquia de S. Andrés.)

## RECUERDOS DE SAN ISIDRO LABRADOR.

PATRON DE MADRID.

La vida de este sencillo y modesto hijo de Madrid, cuyas eminentes virtudes y sólida piedad, aunque ejercidas en la humilde esfera de un pobre labrador, bastaron á elevarle entre los escogidos á los altares de la iglesia, y á colocarle entre sus paisanos en el rango privilegiado de Patrono y tutelar de la villa de Madrid, ha sido tantas veces trazada y comentada por los autores sagrados y profanos, y de tal modo está enlazada por los historiadores con los sucesos y tradiciones de la época de la restauración de esta villa por las armas cristianas, que es indispensable conocerla y estudiarla para comprender en lo posible aquel período importantísimo y remoto de la vida de Madrid. En nuestra literatura histórica, no es este el único ejemplar de relación inmediata entre las crónicas y relaciones más ó menos apasionadas de mártires y santos, de célebres santuarios y monasterios y de imágenes aparecidas, y las vicisitudes, historia y marcha política de los pueblos, y las sociedades en que aquellos brillaron: por eso el historiador español deberá tener á la vista todos los documentos de esta especie (y que por desgracia, van desapareciendo) donde á vueltas de relaciones exageradas, de milagros apócrifos, y estilo afectado y campanudo, hallará datos

preciosísimos, descripciones animadas y minuciosos detalles que explican los sucesos, las tradiciones y la filosofía de la historia.

Tal sucede en nuestro Madrid con los muchos coronistas ó entusiastas panegíricos de las célebres imágenes de nuestra Señora de la Almudena, de Atocha, de la Soledad, y del Buen Suceso, la de Jesús Nazareno, y el Cristo del Desamparo, y tal igualmente con las relaciones de la vida de algunos de sus ilustres hijos colocados por la iglesia en el rango de los santos, y entre los cuales ocupa en nuestra memoria el más distinguido puesto el humilde labrador á quien algunos apellidan *Isidro de Merlo y Quintana*.

Desde el códice casi contemporáneo del Santo, escrito á lo que parece por *Juan Diácono* á mediados del siglo XIII, que se conservaba en la iglesia de S. Andrés, y que fué primero publicado en Flandes por el Padre Daniel Papebroquio, y después traducido del original latino y ampliamente comentado por el padre Fr. Jaime Bleda, hasta las reñidas y eruditas disertaciones de los señores Rosell, Mondejar, Pellicer y otros en el siglo pasado, los hechos históricos y las relaciones milagrosas del glorioso S. Isidro han sido debatidos hasta una saciedad empalagosa, pero que prueba hasta la evidencia el carácter y virtudes altamente recomendables de aquel siervo de Dios, y la simpatía y devoción que aun en vida logró inspirar á sus compatriotas.

No es de este lugar el entrar ahora en tan intrincadas controversias históricas que han suscitado aquellos diligentes escritores, así como

18 DE MAYO DE 1851.

los coronistas madrileños, los Pinelos, Dávilas, Quintanas y Baenas, sobre la autenticidad de las apariciones del piadoso labrador al rey D. Alfonso VIII en la batalla de las Navas, sus prodigiosos milagros durante su vida, ni los obrados por su intercesión después de su dichosa muerte. Tampoco pretendemos enlazar su modesta historia con la de la restauración de Madrid por D. Alonso VI en 1083 ni con la nueva acometida que hicieron los moros marroquíes al mando de Texufin y Ali en 1108. En la primera (ocurrida á lo que se cree en los mismos años del nacimiento del Santo labrador) estaría demás el atribuirle intervención alguna; en la segunda, acaecida cuando pudiera tener 26 años, le consideraremos orando al Señor por la defensa de su pueblo como le vemos aun pintado en antiguos cuadros de muestras iglesias. Para nuestro objeto basta consignar aquí las rápidas noticias de su vida que se deducen de aquellos piadosos comentarios, diciendo, que pudo ser su nacimiento hacia 1082 y su muerte en 30 de noviembre de 1117, sobre los 90 años de su edad: que hijo, según se cree, de labradores, fué labrador él mismo, y sirvió entre otros á la ilustre familia de los Vargas, en cuyos caseríos de campo vivió el Santo largo tiempo: que trabajó tambien de obrero ó albañil, abriendo varios pozos, según la tradición que se conserva en diferentes sitios de esta villa: que toda su vida fué una serie no interrumpida de actos de caridad, de oración y de modestia, sobresaliendo entre todos ellos su profunda devoción á Nuestra Señora bajo los títulos ó advocaciones de la Almudena y de Atocha: que vivió algun tiempo en Torre-Laguna y allí casó con María de la Cabeza, que se cree natural de la aldea de Carraquid, y que tambien como su esposo alcanzó por sus virtudes la canonización de la iglesia; y que honrado en fin, durante su larga carrera, por un especial favor del cielo que le hacia aparecer como Santo entre sus piadosos contemporáneos, descansó en el Señor en una edad avanzada con sentimiento general de sus convecinos y admiradores, que desde el mismo instante de su muerte empezaron á tributarle con espontáneo entusiasmo el mas tierno culto y veneración: y siendo muchos los milagros obrados por su intercesión, movieron á la santidad de Paulo V á acordar su beatificación en 14 de febrero de 1619, y posteriormente

á 12 de marzo de 1622 fué canonizado solemnemente por Gregorio XV, con cuyo motivo se celebraron grandes fiestas y regocijos.

Además de los documentos escritos, quedan en Madrid á pesar del transcurso de siete siglos, otros objetos materiales consagrados por la tradición, de los sitios en que vivió nuestro Santo, y en que obró sus notables milagros, ó de los que ocupó su precioso cuerpo después de su muerte: por último, queda este mismo venerando cadáver, entero, incorrupto, y resistente á la acción de los siglos, y á los argumentos de la incredulidad.

Entre los primeros, señalaremos tres modestos recintos, convertidos hoy en otras tantas pequeñas capillas dedicadas al Santo. Sea el primero el que se ve en la casa de los Vargas (hoy del Sr. Conde de Paredes y de Oñate) plazuela de S. Andrés, número 21. En esta antiquísima casa y al servicio de Iban de Vargas, tronco de aquella ilustre familia madrileña, es tradición constante que vivió el labrador Isidro, y la capilla ocupa una pieza baja pequeña en que se supone ocurrió su gloriosa muerte. En ella se conserva una buena imagen del Santo de tamaño natural, y se le dá culto público el día de su conmemoración.

Otra capillita existe en el patio de la casa del marqués de Villanueva de la Sagra (calle del Almendro, número 6), y es conocida por la cuadra, donde la tradición supone que guardaba el ganado el Santo doméstico de Iban de Vargas. Y otra en la calle del Aguila número 1 en la misma casa de la sacramental de S. Andrés, donde se conserva una de las arcas en que se guardó en lo antiguo el cuerpo del Santo.

La tradición tambien ha señalado hasta nuestros tiempos el paso del piadoso madrileño en otros sitios de esta villa y sus contornos, ya en lo que hoy es su calle mayor y entonces era estramuros de la puerta de Guadalajara, donde habia hasta hace pocos años un trozo de soportales llamados aun de S. Isidro, que se han derribado. Allí se encontraba un pozo milagroso abierto según tradición por el Santo, y otro en una casa de la calle de los Estudios contigua al colegio imperial. Tambien se señala generalmente el sitio que ocupa hoy á la orilla opuesta del Manzanares la famosa ermita que visita este día toda la



(San Isidro Labrador y Sta. Maria de la Cabeza, pinturas existentes en su antiguo sepulcro.)

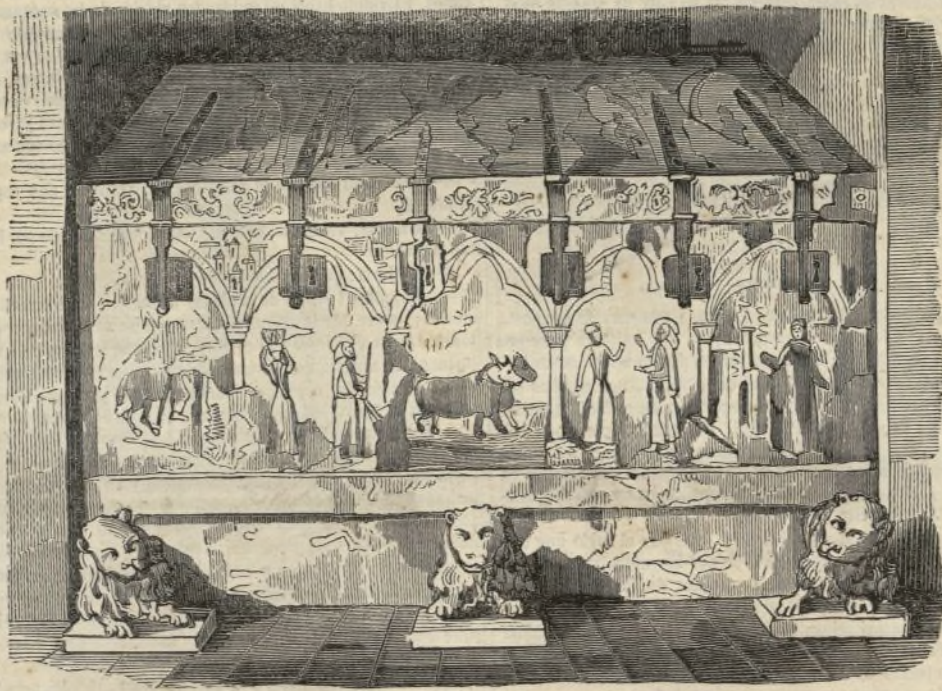
poblacion de Madrid, por ser el mismo donde hizo brotar el Santo al impulso de su hijada la fuente milagrosa á cuyas aguas se atribuye gran virtud.

Todas estas son conjeturas tradicionales mas ó menos fundadas, aunque siempre respetables por su antiquísimo origen; pero además de estas, existen otras aun mas lícitas de las varias colocaciones y vicisitudes del Santo cadáver que hoy es el objeto del culto y la veneracion del pueblo de Madrid.

Consta de aquellas historias y relaciones contemporáneas, y de las diligencias hechas para la canonizacion, que acaecida la muerte del Santo labrador como queda dicho en 1172, fué sepultado en el cementerio contiguo á la parroquia de San Andrés, en el mismo sitio en que aun se vé una reja y es hoy el suelo del presbiterio ó altar mayor de dicha Iglesia, por haberse esta agrandado posteriormente y dado diversa forma á su planta y distribucion. Unos cuarenta años parece que permaneció el cuerpo del santo en aquel sitio, hasta que en 1212, creciendo de dia en dia la devocion de los madrileños á su intervencion milagrosa,

fué solemnemente exhumado y colocado en un sepulcro digno en la capilla mayor (que entonces estaba donde hoy los pies de la iglesia). Allí es donde segun varios coronistas y con mas ó menos probabilidad, le visitó el Rey D. Alonso VIII y declaró, en vista de las facciones conservadas del Santo, ser él el mismo milagroso pastor que se le habia aparecido y conducido su ejército por las asperezas de Sierra Morena la víspera de la batalla de las Navas de Tolosa.

Atribúyese tambien al mismo monarca el origen del arca de madera, cubierta de cuero, en que se encerró el cuerpo del Santo, y que aun se conserva en el sitio mismo, aunque sumamente deteriorada, sobre unos leones de piedra y mostrando en sus frentes restos de las pinturas con que mandó adornarla el monarca, representando los milagros del Santo.—Este preciosísimo resto de venerable antigüedad escitó hace cuatro años el celo del gobierno y de la comision de Monumentos artísticos, para empeñar al ayuntamiento de Madrid á su conservacion y traslacion á sitio mas decoroso y resguardado de la humedad; y el que escribe estas líneas (como individuo de la corporacion muni-



(Antiguo sepulcro de S. Isidro en la parroquia de S. Andrés.)

cipal) en union del arquitecto de Madrid y de los Señores Zabaleta y Carderera de la comision de Monumentos, fueron encargados de llevar á ejecucion aquella idea. Reconocieron en su consecuencia los sitios y el arca; levantó el señor Pescador el plano de la nueva colocacion en la capilla propia del Santo en la misma iglesia; se proyectó tambien una restauracion bien entendida de las pinturas del arca y de los leones; pero despues se olvidó el asunto, y quedó en tal estado.

En aquella arca y capilla permaneció el Santo cuerpo hasta que el obispo D. Gutierrez de Vargas Carbajal, construyó en 1553 la suntuosa que lleva su nombre contigua la parroquia de San Andrés, y le hizo trasladar á esta con gran solemnidad; pero por discórdias ocurridas entre los capellanes de ambas, solo permaneció en esta unos 24 años, hasta que se cerró y quedó independiente aquella capilla, con puerta á la calle y bajo el título de San Juan de Letran.

Vuelto el Santo á la parroquia al sitio en que antes estuvo, permaneció en él mas de un siglo, hasta que en 1669 se concluyó á costa del rey y de la villa la magnífica capilla bajo la advocacion del mismo San Isidro que hoy admiramos aun al lado del Evangelio de aquella iglesia Parroquial. En ella, y en su altar central, fué colocado el Santo cuerpo con una pompa extraordinaria el día 15 de Mayo de aquel año de 1669: la descripcion de esta suntuosa capilla, ó mas bien templo primoroso, nos llevaria muy lejos de los limites á que por necesidad nos hemos impuesto en este artículo. Baste decir que en las dos piezas de que consta, cuadrada la primera y ochavada la segunda, apuraron sus autores Fr. Diego de Madrid, José de Villareal y Sebastian Herrera, todos los recursos de la mas rica arquitectura, mezclados con todos los caprichos del gusto plateresco de la época, y realizado el todo con be-

llas esculturas, bustos y relieves, magníficas pinturas de Ricci y de Carreño, y una riqueza tal, en fin, en la materia y en la forma, que sin disputa puede asegurarse que es el objeto mas primoroso de su clase que encierra Madrid. Tardó la construccion de esta elegante obra unos doce años: empleáronse en ella 11.960,000 reales suministrados por el rey, por la villa y por los vireyes de Méjico y el Perú. Por último, diremos que en el magnífico altar ó retablo de mármoles que formado de cuatro frentes de columnas se levanta aislado en medio del ochavo ó pieza segunda, se conservó cien años el cuerpo de San Isidro, hasta que trasladado en 1769 de orden de Carlos III á la Iglesia que fué del colegio imperial de los jesuitas, se puso en su lugar una estatua que hoy corona aquel monumento.

Anteriormente en 1620 el gremio de plateros de esta villa consagró al Santo en ocasion de su beatificacion, una urna primorosa de oro y plata y bronce, que aunque obra que adolece del mal gusto de la época, es de gran valor, como que solo la materia sin hechuras ascendió á 16,000 ducados, y dentro de esta urna está la interior de filigrana de plata sobre tela de raso de oro riquísimo que le dió la reina doña Mariana de Neoburg.—En ella reposa el Santo cuerpo, perfectamente conservado, incorrupto, amomado y completo, pues solo le faltan tres dedos de los pies, y por lo que puede calcularse de su estension (que es mayor de dos varas) debió ser en vida de una estatura elevada. Cubréndole ricos paños guarnecidos de encaje y renovados de tiempo en tiempo por la piedad de los reyes, en cuyas tribulaciones de nacimientos, enfermedades y muertes son conducidas las preciosas reliquias á los reales aposentos, ó espuestas con pompa á la pública veneracion; y á veces tambien, cuando las personas reales, deseosas de implorar la intercesion del

Santo, van á adorar su supulcro, la urna que contiene los preciosos restos es bajada á mano por los regidores de Madrid y colocada sobre una mesa en la sacristía mayor, donde á presencia del Señor Patriarca de las Indias, del vicario eclesiástico, el protector y clero de la capilla real, del Ayuntamiento de Madrid, el conde de Paredes, hoy de Oñate (que cuenta entre los timbres de su casa el descender del piadoso Iban de Vargas, amo de San Isidro), y de la congregación de los plateros, con hachas verdes encendidas, van entregando todos las llaves que conservan respectivamente de la urna preciosa, y abierta esta y puesto de manifiesto el cadáver, le adoran los reyes, los prelados, corporaciones y demas circunstantes. —Tal ceremonia se verificó solemnemente el día 4 de Marzo de 1847 con ocasión de visitar el cuerpo y cambiar los paños riquísimos que le cubren S. M. la reina madre doña María Cristina de Borbón, y que creemos no había tenido lugar desde el reinado de Fernando el VI. —El patriarca de las Indias, hoy Cardenal Arzobispo de Toledo, levantó por sus manos los paños, incorporó y dió á adorar el precioso cadáver, y le volvió á colocar y envolver en una rica sabanilla de encages, cerrando despues la urna y dirigiendo á los circunstantes una breve y patética exhortación; hecho lo cual fué de nuevo subida aquella por ocho regidores de representación de la villa de Madrid, dueña del Santo cuerpo, y colocada en el sepulcro de mármol que descansa en el altar mayor sobre un trono de nubes.

R. DE M. R.

## LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

## CAPITULO V.

## Camoens.

Alguno habrá leído la historia de Luis de Camoens: de ese poeta generoso y desgraciado, como Cervantes; de ese valiente guerrero que perdió un ojo en Africa, como Cervantes perdió un brazo en Lepanto, y á quien los portugueses, raza de ingratos, tan ingratos como nosotros, dejaron morir en la miseria para darle despues de muerto el irónico título de *príncipe*! Portugal, desheredado por Apolo, no tenía mas poetas antiguos que los anónimos del romancero, ni mas poetas contemporáneos en el siglo XVI que un español que escribía en portugués y un portugués que escribía en español, esto es: Jorge Montemayor y D. Francisco Saa de Miranda.

El primero gozaba de grande celebridad, mas por el ruido que hacían sus galantes aventuras, que por el de sus lánguidos versos; y el segundo debía toda su reputación á la candidez de sus églogas. Los portugueses aman con locura la poesia pastoril, y D. Francismo llamaba *zagaleja* á la misma reina doña Catalina, la princesa mas digna de la corte de Felipe el Hermoso, y llamaba *zagal* al mismo rey don Juan III, el mas pulido de todos los reyes portugueses, y tambien el que habia llevado gorgueras mas altas y encanutadas.

¡Cielo santo, convertirse en zagales y danzar sobre el *multido cesped* cuando Carlos V no dejaba crecer la yerba de los campos bajo el caldeado casco de sus caballos de batalla! ¡Deleitarse con el *flébil sonido del rabel* y, de la *flauta*, cuando sus cañones atronaban las selvas; dormir *cabe el arroyuelo* de blando murmullo cuando estaba corriendo á *torrentes* la sangre europea, y recogerse en fin al *pacífico hogar* de la choza cuando la *inquisición* estaba encendiendo sus hogueras con huesos humanos! ¡Justo Dios, escribir una égloga de *Nemoro*so donde *Sulicio* invita á *Blas* á que cante los desdenes de una soñada pastora, que se habia de llamar *Dafne*, cuando Hernán Cortés conquistaba el mundo que habia descubierto Colon, cuando los esforzados portugueses estaban peleando en Africa y en la India; y quererse llamar poeta, solo le acontece á un clásico como D. Francisco Saa de Miranda!

Por eso nació Camoens: porque el siglo necesitaba de una epopeya; porque los grandes acontecimientos y los grandes poetas se producen al mismo tiempo; porque de nada servirían los héroes si no hubiese quien cantara sus proezas. Camoens habia nacido para cantar la Luísiada. Pero por lo mismo que era un poeta de primer orden no halló gracia con los cortesanos. Los cortesanos no protegían si no á los que valían muy poco; proteger á los que valían mucho hubiera sido una torpeza. Por lo que hace al rey D. Juan III creía de buena fé que D. Francisco era un gran poeta, y Camoens un aprendiz suyo.

Preciso es confesar que las damas ilustradas de entonces, al frente de las cuales se hallaba la infanta doña María, adivinaron mejor que el rey el mérito de Camoens, y se apresuraron á distinguirlo, de manera que escitó bien pronto la rivalidad de todos los caballeros, y particularmente de aquellos que habian sido desairados por Catalina de Attaide, la venturosa dama á quien Camoens amó como Dante á Fran-

cesca. Era Catalina de Attaide sobrina del gran conde de Castanheira, poderoso valido de D. Juan, y uno de los que persiguieron á Camoens con mas encono. Por él estuvo desterrado en *Ribalejo* cuando apenas tenía 16 años; por él se vió precisado á huir dos veces á la India, y á él alude cuando se queja en aquellos tristes versos:

D'un enemigo cru, jurado, injusto,  
Que jamais ó offendi, jamais!...

Su única ofensa fué el amar á su sobrina, cuya memoria sustentó el fuego de su ingenio hasta despues de muerta la dama á quien decia:

E vos, ó vida minha, pois curarme  
ja nao podeis, deixame juntamente  
porque membranzas taes posam deixarme.

Fatigado Camoens de las intrigas y de las calumnias que todos los dias se levantaban contra él, resolvió partir al día siguiente de esta noche en que le hemos visto despedirse de los literatos en la academia de doña María: pero cuando salió de palacio empezaba en el mar una de las borrascas mas espantosas de que hay noticia en los fastos marítimos. El viento hacia retremblar los vidrios de las ventanas, y se oía como un terremoto el sordo mugir de las olas. El profeta de las aves, el Alecion, pasaba dando penetrantes alaridos, y á su voz multitud de águilas acudían desde la playa á guarecerse en las torres. Mas no obstante lo intempestivo de la hora, lo desapacible del viento, lo medroso de las sombras y el diluvio que amenazaba, una jóven permanecía bajo los árboles del jardín de palacio escuchando con ansiedad todos los ruidos que venían de la parte exterior de la verja.

—¡Dios mio! exclamó la dama oyendo tropezar una espada contra el hierro.

—No temas, vida mia, respondió Camoens saltando por la verja hacia el jardín.

—¡Ay Luis, qué terrible noche!

—¡Magnífica! vengo de la playa. El mar se ha convertido en altas sierras; parece que la máquina del mundo se vá á deshacer en tempestades. Lucha el *Bóreas* con el *Noto*, y rompe las cóncavas velas de los buques, de manera que es imposible navegar. Ambos polos están estremecidos con los rayos que fabrica *Vulcano* para que los vibre sobre nosotros el fiero *Tonante*.... mañana no saldrá la flota.

—¡Ah! ¿por qué te vas á la India?

—¡Por qué me voy! ¡porque tengo un enemigo que ha jurado mi perdición! ¡porque es un poderoso valido y yo soy pobre y no puedo luchar con él!... ¡Qué he de hacer á tu lado mientras sea dueño de tus acciones ese que tú llamas deudo! No puedo ni cruzar tu calle, porque á todas horas me prepara sirvientes suyos que fingiéndose mis rivales me estorvan el paso y cada noche tengo una riña. Poco me importa acuchillarlos si no fuera por el escándalo que causan estas cuchilladas, cuyo origen averiguan los ociosos y pueden esponer tu fama. ¡Que me llamen cobarde, pero que no murmuren de ti!

—¡Y qué murmuran de mí!

—Pues si hubieran murmurado, Catalina, ¿tendrían ya lengua?

—¡Estúpidos! prosiguió el poeta con una risa amarga: tienen riqueza y poder, y me aborrecen porque no consagro mi musa á elogiar sus nombres; ¿qué les he pedido yo para que quieran hacerme tributario de su vanidad?

—¡Ay, no te irrites!

—Sí, me irrito justamente: porque no puedo castigar sus injurias; porque los busco y se esconden; porque los desafío y me envían á sus esclavos; porque dicen que son nobles y son....

—¡Silencio, Luis, silencio!

—¡Oh! ellos han amargado para siempre mi juventud; ellos han hecho brotar el odio donde germinaba la amistad... ¡Ay, cuánto he sufrido!

Camoens apoyó el brazo contra la verja, inclinó la cabeza sobre el pecho y se entregó á una de las grandes preocupaciones que le asaltaban siempre que estaba cerca de Catalina. Esta quiso consolarle, pero la rechazó. Las heridas que los cortesanos habian hecho á su alma se exasperaban en presencia de su amada. Por mas que Catalina lo recibía siempre con la misma ternura, Camoens se revestia de un tono altivo y hasta duro, temiendo parecer humillado.

Los epítetos de *coplista* y de *pobrete* estaban resonando continuamente en sus oídos, y le devoraba el deseo de vengarse conquistando gloria y riquezas.

—¡No me amas! exclamó Catalina echándose á llorar.

A este acento, á estas lágrimas, Camoens se estremeció como si hubieran sacudido todos sus nervios á la vez. Puso su mano en la frente de Catalina para hacerla levantar la cabeza y ver sus lágrimas; pero como la oscuridad no lo permitía, golpeó con su planta el suelo y gritó: —¡Dios de las tormentas, mandadme luz, aunque sea la del rayo! Poco tardó en oírse en las nubes su loca invocación, porque dos ó tres relámpagos seguidos vinieron á iluminar el rostro de Catalina.

—¡Oh, exclamó el poeta, qué hermosa eres! ¡No llores mas, contengo exaltándose por grados; no llores, porque te arrebataré conmigo y te espondré á los peligros del mar y te llevaré á la India! ¡No llores porque tus lágrimas me queman el corazón y no puedo sufrirme á mí mismo!

Al decir esto se oyó en el jardín hacia el lado de la fuente donde estaba la *Venus* un ruido que no parecía el del viento, sino el de una piedra que rodase. Catalina, espantada, se asió del brazo del caballero, y éste la llevó tras sí hasta un árbol, donde quedó escudada por un lado con el tronco, y por el otro con su persona.

El ruido cesó, y Catalina se despidió de Camoens; pero éste no quiso dejarla que atravesara sola la calle de árboles, y la fué acompañando hasta la fuente.

—Un momento no mas: detente aquí, dijo Camoens. Aquí me dijiste qué me amabas, y mas allá, junto á aquel sauce, besé yo el manto que te cubría la mitad del rostro... ¡Ah! ¡dame otro recuerdo! ¡permíteme que bese tu mano!

La dama consintió, y Camoens se retiraba embriagado de dicha, cuando una luz vivísima iluminó de pronto el jardín.

El conde de Castanheira, precedido de pajes que llevaban hachas encendidas, se aproximó al poeta y le intimó con voz terrible que huyese del jardín. Catalina se echó á los pies del conde, quien la condujo silenciosamente á su departamento, donde empezó á reconvenir la con acritud y violencia, pero en voz baja.



(Luis de Camoens.)

—¡Señor! exclamó Catalina; traspassadme el corazón con vuestra espada, pero no me mandéis olvidarle.

—¡Qué esperas, desgraciada! replicó el conde; ¡qué esperas de él si no pobreza, infortunio!

—¡Señor, le amo!

Cuando consideramos la abnegación de algunas mujeres para amar á ciertos poetas, como Laura aceptando el amor del Petrarca con mengua acaso de su claro honor; á Eleonora arrojando el enojo del de Ferrara por consolar al Tasso, y á Catalina de Attaide sufriendo todos los rigores de la mala suerte de Camoens, estamos á punto de creer que estas mujeres han traído al mundo la misión de amar á esos poetas para sostener su aliento y hacerles mas suave el camino de la gloria.

Pero el conde de Castanheira estaba muy lejos de pensar como nosotros que su sobrina había nacido para inspirar á Camoens, y si lo pensaba daba tan poca importancia á sus inspiraciones, que de buen grado hubiera quemado todos sus versos. Lejos de enternecerse con la última palabra de Catalina; señor, le amo!, la abrumó con duras reconvenções, y salió cerrando tras sí la puerta.

Camoens entretanto volvió á saltar la verja del jardín, y se halló frente á frente con un embozado que la acababa también de saltar.

—¡Vive el cielo, gritó Camoens, que habeis saltado la verja!

—Sí, replicó el desconocido, lo mismo que vos.

—¿Qué motivo os ha obligado á ello?

—¿Y á vos?

—Responded antes de preguntar.

—No preguntéis lo que no quiero decir.

—Pues si no queréis responder con la lengua, responded con la espada.

—La hubiérais interrogado desde luego y ahorraríamos las palabras.

Desembozóse el desconocido y dejó caer en el suelo un objeto pesado que no se podía distinguir con la oscuridad.

—Retirémonos algo mas lejos del jardín, dijo Camoens.

—No puedo separarme de este sitio, replicó su adversario; porque tengo aquí un objeto precioso.

—¡Pues defendeos!

—¡Defendeos vos!

Las espadas de los dos comenzaron entre las sombras á chocarse sin herir el cuerpo de ninguno, hasta que Camoens, aprovechando la luz de un relámpago, la clavó en el pecho del desconocido; haciendo estallar la punta al retirarla.

Resonó un gemitido y un golpe de cuerpo que se desploma, y Camoens, persuadido de que lo había muerto y de que era un servidor del conde que, como otros tantos, fué enviado á provocarle; guardó tranquilamente la espada rota, dió la vuelta alrededor de los jardines, y desapareció por las calles de Lisboa.

Los pajes del conde habían seguido por orden de éste al atrevido amante cuando se disponía á salir del jardín, y oyendo del lado allá de la verja quejidos dolorosos, la saltó uno de ellos, mientras los otros alumbraban, y vió á un caballero tendido junto á la cabeza de una estatua de mármol salpicada con la sangre que brotaba de su pecho.

El caballero estaba vestido de terciopelo negro y tenía al pecho una insignia.

Mientras que en palacio se daba cuenta del suceso ocurrido, y se trasladaba al herido á su aposento, el conde de Castanheira hacia firmar al rey una orden de prision contra Luis de Camoens.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

## LOS MANOLOS DE MADRID.

Una clase de pueblo de Madrid forma el tipo mas distintivo de los demas de España y se conoce vulgarmente por la *Manolera*. Esta gente, que podemos calcular en la sexta parte de vecindario, tiene costumbres especiales y forma diferentes categorías. No diremos si su denominación proviene de los primeros que se introdujeron en Madrid, ni si su raza es oriunda de Andalucía, ni si su origen tropieza con la dominación goda, ni si vinieron como ganado trashumante con las cortés de Burgos y Valladolid en que pretenden haber ya sido conocidos, sin embargo de que algo pudiéramos vislumbrar atendiendo á sus trages y costumbres. Fué siempre su principal residencia el barrio de Lavapiés, en el cual han logrado una nombradía casi europea; calles enteras están bajo su completa dominación; y no cabiendo en él fuéronse extendiendo por los barrios bajos de Embajadores, Rastro y Vistillas. También invadieron parte del moderno Madrid por los de Maravillas y Guardias de Corps, pero nunca tuvieron en estos tanto séquito como en aquellos. Sus oficios mas favoritos son revendedores de frutas, zapateros, caleseros, taberneros, cerrajeros, jalmes, carniceros y tratantes en hierro, trapo, papel, sebo y pieles, para cuyo tráfico constituían los gremios de traperos, chisperos y otros célebres en las funciones reales, de que forman parte integrante con sus parejas y danzas privativas, sus carros y arcos triunfales. Su lenguaje, ya que no pueda ser otro que el comun de Madrid, ha admitido modificaciones, unas veces suaves y otras harto ásperas y recaladas, pero que no llegan á constituir dialecto particular. Su traje en los hombres es chaqueta estrecha y corta con multitud de botoncitos, chaleco abierto y con igual botonadura, pero sin echar mas que el primero, camisa limpia y blanca, su cuello doblado, pañuelito de color asido por una sortija al pecho, y colgando las puntas por dentro del chaleco, faja de seda encarnada ó amarilla, pantalón ancho y largo, media blanca y zapato ajustado. Un sombrero calañés que algunos le substituyen con redondo de copa y ala pequeña que solo cubra la mitad del cráneo, y una varita en la mano, completan el traje de nuestro *Manolo*. En su estado natural participa de la afabilidad cortesana; en sus tratos es brusco,

aunque condescendiente; cuando se exaspera es temible; y en sus diversiones y placeres solo puede entenderse con los de su clase. No es fácil definir con exactitud su carácter, porque participa de la viveza violenta del valenciano, de la jactancia andaluza, de la cachaza gallega y de la seriedad castellana.

El conjunto de la *Manola* es agraciado, tiene atractivo á primera vista, pero en su trato, así como ellos, solo puede habérselas con los suyos. Chocará los forasteros su vestido corto, entallado alto y adornado con dos ó tres ondulantes guarniciones que con su privativo *meneo* van esparciendo el aire de la atmósfera entre los circunstantes, la media calada, el zapato de seda, la mantilla que se duda si son galones unidos de terciopelo, que cruzan por debajo del brazo izquierdo, peine alto y ladeado en el centro de un canastillo de ancha trenza y pendientes largos, forman el complemento de tan esbelto trage, pudiendo apropiarse á algunas, una pintura parecida á la de Alzaiibar:

Entre tanto Pepita la salada  
aderezaba su gentil figura  
con saya corta, pero bien cortada,  
monillo verde de graciosa hechura,  
zapato de color, media calada,  
cinta en el moño en la cintura;  
y en el cuello una cruz de Caravaca  
que la supo tener por toma y daca.

En los cajones de las plazuelas, en la fábrica de cigarros, y en la carrera de San Gerónimo pueden á distintas horas verse modelos mas ó menos dignos de esta raza madrileña. Son mas adustas que ellos, mas interesadas, de peores costumbres, aunque no tan holgazanas. El tráfico de verduras y frutas, de rábanos, de naranjas, de nueces, castañas, y de amores, es su ocupacion privilegiada.

Son, empero, unos y otras el ornamento de Madrid: ¿qué sería una funcion de toros, sin la gritería de los *Manolos*, sin la incitación de sus hermanas, hijas y mugeres, y sin las frecuentes riñas y aun navajadas que suelen mezclarse? ¿qué serían los Chamberis y Carabancheles sin sus grupos, danzas y calesines? ¿qué serían la cazuela ó paraíso, y el patio de los teatros sin la amenidad de sus dichos, sus meriendas y aun sus.....? ¿qué serían los volatines y circos sin su encajonamiento en las gradas, desde donde reparten las cáscaras de naranjas, nueces y castañas? ¿qué sería sin ellos de esas calesas y coches de colleras que pueblan las mejores plazas y que son sus privilegiados carruajes? Si; porque gracias á la Manolera conservamos felizmente esos veleros calesines cuya antigüedad quiere representar su figura gótica, cara mitad de aquellos coches que aun conservan obispos y notabilidades de campanario que podríamos mejor llamar calesines abrazados á los cuales cuadraban perfectamente los adornos de colleras de casi el mismo origen y antigüedad, y que nuestros modernos caleseros siguen amalgamando con sus bonitos carruajes del día. ¿No forma contraste una carretela de París tirada por mulas enjaezadas á la edad media y guiadas por un calesero á la antigua á quien solo falta la capita de sus abuelos?

Los *Manolos* son la clase mas constante en la conservacion y defensa de su traje, usos y costumbres; y á esto añaden su perenne odio á las innovaciones de la moda. ¿Y qué extraño es, cuando ven la rareza, volubilidad y estrangerismo de esta? ¿Cuando los mas *diletanti* la abandonan para escoger su traje en funciones de toros, máscaras y de campo? ¿Cuando personas elevadas se han holgado y huelgan en hacer público alarde de su trage? De ese odio á las modas ha provenido sin duda la facilidad que tienen de significar por algunas prendas de vestir la propension de los demas á partidos ó clases; hablen en nuestro nombre las galgas, las botas de campana, las trabillas, los pendientes de colores, los jaiques que á su vez han ido siendo objeto de su anatema.

Los *Manolos* en las crisis públicas han sido valientes y tozudos; constantes en la opinion que con mas ó menos acierto llegaron una vez á formar, la han sostenido hasta el extremo por cuantos medios alcanzan licitos, ilícitos ó violentos.

Aunque la navaja fué siempre, al menos en los jóvenes, instrumento muy comun, no habia llegado á generalizarse hasta el siglo actual en términos de ser ya una prenda de su vestuario, ni menos se habia jamás tolerado llevarlas de las dimensiones que ahora usan, hasta el punto de aprender su manejo y hacer gala de él. ¡Tal es la desmoralizacion pública y el abandono del gobierno! Por estos escesos, por lo temibles que son en las revueltas, y por la costumbre de llevar algunos la chaqueta al hombro en el verano, se los suele distinguir con el burlesco título de *hisares de infanteria*.

Entre los *Manolos* hay tambien diversidad de categorías; un *Manolo*, empero, jamás pierde su origen, su lenguaje, su trage, ni sus costumbres. Ora se halle de zapatero remendon en un vetusto y húmedo portal del Ave-Maria, ora se haya elevado á la clase de fabricante ó almacenista de calzado en una magnífica tienda de la calle de

la Montera, ora viviendo en un cuarto principal de la del Barquillo con coche de colleras y hacienda en Alcorcon, sea el empresario de calzado del ejército, siempre el *Manolo* ama su chaqueta, faja, cuello suelto y varita. Mas en su obsequio debemos recordar que cuando vienen á fortuna, son espléndidos, y que el que de ellos sobresale en ingenio es como el gallego que descuella. En nuestra época hemos conocido *Manolos* industriosos, acaudalados y que por distintos conceptos merecian nombradía, hasta ocupar en canciones populares igual lugar que candillos y hombres célebres.

La *Manola* es una joya de Madrid que merece exámen particular. Criada libremente entre las preocupaciones de la escuela y la licencia de sus padres, se forma á la naturaleza, y antes de que ésta obre se vé espuesta á los azares de las pasiones sin rienda que la contenga ni freno que la dirija. Ribeteadora, costurera, cigarrera, lavandera, naranjera, frutera ó rabanera, luce su donaire y se dá ya á conocer en la corte de los dos mundos. La que sale honrada es una muralla capaz de defenderse á todo trance; empero la que es débil, principia por admitir favores de sus compañeros, y acaba por aborrecerlos y despreciarlos, prefiriendo á los señores. Necesario es, sin embargo, deshacer una equivocacion vulgar; con facilidad se dá el nombre de *Manolas* á las mujeres de cierta vida, y ha de notarse que las mas no pertenecen á esta clase originariamente, aunque tomen su trage, y fácil es convencerse de ello por ser las mas de otras provincias.

Las *Manolas* cuya buena conducta las lleva al santo estado del matrimonio, suelen ser modelo de trabajos y de sufrimientos. Por el Prado, por las calles, por las plazas de Oriente, del Progreso y de Santa Ana, las vemos diariamente cruzar al medio día con la cesta en el brazo izquierdo, un chiquillo en el derecho, otro agarrado á su falda y otro delante, á llevar la comida del marido á su obra, y extendiendo su tornasolada servilleta sobre una piedra, rodear todos alguna fuente de menestra, julias ó cocido, y con un gajo de uvas ó pedazo de queso tumbarse en seguida á dar al cuerpo el necesario descanso digestivo.

¡Dichosa la que no tiene que temer la violenta alegría que los sábados causa al marido la cobranza del jornal de la semana, celebrada siempre en el templo de Baco! ¡Dichosa la que no tiene que compartir con alguna compañera la mitad y sus efectos que exclusivamente la pertenecieran! ¡Dichosa la que no envidiando á otras se contenta solo con lo que la ha tocado! ¡Y desgraciada la vecindad en cuyos cuartos bajos ó bohordillas llega á anidarse una de estas familias, porque siendo su instinto la popularidad, hacen participar á los vecinos de sus conversaciones, alegrías, jaranas, riñas y palizas!

A otras *Manolas* está destinada suerte airosa, ya de poste ambulante de alguna esquina, ya de centinela como sirena empollada en su cajón á la puerta de una taberna, ya de regenta de puesto en el mercado. Sirven de consultoras al público de criadas, paletos y haraganes; disfrutan de sus libaciones en los figones comarcanos; llaman á los compradores con su llena y sonora voz que viene á parar con la edad en ronca y aguardientosa; y en fin, aunque espuestas continuamente á la intemperie, esparcen la alegría, la algazara y aun la alarma por toda la poblacion. ¿A quién no parecerán animados los cuadros que hasta media mañana presentan las plazuelas del Carmen, San Miguel, San Ildefonso y demas? ¿Quién no echará de menos por su silencio y tristeza la cercanía de una castañera que vivifica sus contornos?

Todavía hay otras *Manolas* mas lucrativamente empleadas como enganche de los libadores.

—Ola, tío Roña, dicé Alifonsa al paleta que le revendia pepitoria de Leganés: ¡ola! ¿quiere V. que le convide? le dice al pasar por el umbral de la taberna en que ejerce su digno cargo. El paleta, por el bien parecer, por conservar la parroquiana, y por tener un rato de conversacion, dicho y hecho: entra al mostrador, pide dos copas para cada uno, bébese la suya y no repara en que la amiga solo quita la coronilla á su copa (que ella diria con otra frase mas significativa), y echa el resto sobre el argenteado y plomizo forro del mostrador, que pronto lo destila para volver á servir, y á incitación de Alifonsa repiten la operacion, despidiéndose despues. El tabernero ha ganado el precio de tres copas en lugar de una, con mas las dos de Alifonsa que mañosamente le ha devuelto, y reparte con ésta su ganancia, repitiéndose tan doble escena muchas veces, siendo así la multiplicadora del capital tabernario. ¡Cuánto mas se le hubiera ofrecido decir con los adelantos modernos al sevillano Baltasar de Alcázar, al definir así los templos de Baco!

Si es ó no invencion moderna,  
vive Dios que no lo sé;  
pero delicada fué  
la invencion de la taberna;  
porque llevo allá sediento,  
pido vino de lo nuevo,

mídenlo, dánmelo, bebo,  
págole y voime contento.

Difícilmente será mas loada esta invencion que en la coronada villa y corte de Madrid, y por nadie mas que por su Manolera de ambos sexos, que pueblan los almacenes, depósitos de vino, tabernas y ligones, reduciéndose fácilmente al estado de payasos y bailarines, que por fortuna no suelen causar mas efecto que divertir á la plebe y destruir su salud. ¡Cuánta parte tiene en este triste estado la inercia del gobierno, la excesiva tolerancia del vecindario, y aun el trascendental ejemplo de otras clases!

Si volvemos nuestra vista á las *Manolas señoras*, que tambien las hay, así como *señoras Manolas*, ¿cuánta será nuestra admiración al mirarlas diariamente con collares, arracadas y vestidos que escuden á lo que una señora de clase usara en clásicos días? ¿No nos ha sucedido fijar la atención en alguna que en el centro de un cajón de carne, tintas en sangre sus manos, ostenta riquísimas sortijas, y un precioso aderezo en su cuello? ¿No descubrimos al cruzar los umbrales de alguna taberna la matrona que midiendo los medios chicos hace relumbrar sus brillantes y diamantes á manera de las *limonadières* de París? ¿No sobresalen en las gradas y tendidos las arracadas de las que miran á sangre fría lidiar con la fiera á sus amantes ó maridos, y animarles á embestirla?

No mancharemos el papel con referir otra clase mas ínfima de mujeres, que aunque acompañadas de otras muchas que no las pertenecen, reciben todas el título de *Manolas*; y si bien algunas conservan las costumbres de estas, infinitas otras son la escoria, hediondez y miseria que siembran el escándalo y las enfermedades por toda la población. Ninguna capital presenta cuadro mas indecoroso que esta corte, admirando la tolerancia de las autoridades, que se contentan de vez en cuando con una leva femenil que parece sirve para reproducirlas, y en que no queda otro consuelo que el de soler ser forasteras la mayor parte de las recogidas. Hasta este remedio suele producir escándalo por sus modos de hacerse y por las vejaciones y socaliñas que se las hace sufrir.

Los Manolos marcan las estaciones, el horario y festividades de Madrid. Al oír pregonar los rábanos, las naranjas, la fresa, el agua de las cabeceiras, las nueces, avellanas y castañas, comprendemos la estación que llega; la salida de los *Manolos* con buñuelos y café nos anuncia haber la aurora estendido su manto sobre los mortales; la de frutas y verduras por las calles, ser la hora avanzada en que acabó el mercado; su retirada, la general de comer; la de las nueces, barquillos y castañas, la hora vespertina de paseo; la de los traperos las últimas de la noche, y la de los poceros la posesión en que esta se halla de su obscuro y tenebroso sόlo. ¿Y qué forastero dejará de conocer la preparacion de las verbenas de S. Juan y S. Pedro por las mesas para figuras y santos, y los cestos para flores en las plazas de la Constitucion, de Santa Cruz y Progreso, y á la noche por los bollos, licores y café del salon del Prado? ¿Quién dudará que los días del Cármen, del Angel, S. Blas y S. Isidro se celebra una festividad alrededor de sus santuarios? ¿Quién desconocerá los días de fiesta por el bullicio de las comidas campestres, cánticos y bailes de la pradera del Canal y ribera del Manzanares? Pero donde se marca la existencia y carácter de la *Manolera* es en su entierro de la sardina del miécoles de Ceniza, funcion en que hace el principal y casi esclusivo papel, y que es exacta imitacion de las bacanales y orgías de los antiguos, y que desde este año ha adquirido celebridad, esponiendo á las autoridades á una crisis que pudo haber sido ministerial.

Hasta los hijos de los Manolos contribuyen al movimiento madrileño. No habrá calle que no se halle plagada de chicos echados de la bohardilla ó sótano, hasta el retorno de su madre, apedreándose unos á otros, y á lo mas con la única ocupacion de cuidar los polluelos ó los pabos que se mantienen á costa de los vecinos ó con el producto de la basura pública.

Los mas pobres, desde ocho á diez años traen diariamente espuestas de greda para limpiar, ó venden barquillos, bollos, buñuelos y varios objetos; y generalmente se nota que antes de la edad en que otros pueblos acostumbran, empiezan los *Manolos* á hacerlos trabajar; los mas acomodados ayudan á sus padres en la venta de los mercados y se ven muchos de ambos sexos en las fábricas. Ahora recibirán ya diferente educacion en las escuelas de párbulos que acabará por moralizar esta clase de pueblo que tanto lo necesita, y que es la que menos concurre hasta ahora á aquellas escuelas.

Aunque siempre el Lavapiés estuvo en oposicion con los cultos modales de la corte, conservaba los suyos sin trascender su mal ejemplo á las demas clases, hasta el siglo actual en que por el desbordamiento general de las pasiones han llegado sus excesos, especialmente en la mayor parte de las mujeres, á hacer intolerable su compañía. Es verdad que como todo mal tiene su contrapeso, las instituciones populares han hecho que apostaten muchos de la *manolera* vis-

tiendo el frac ó levita que es la señal característica de su defeccion; y produciendo el contrario efecto, la afluencia de forasteros y decadencia de otros, han hecho que se mezclen entre aquellos, tomando sus costumbres y usos infinitos que nunca les han pertenecido, de modo que va quedando adulterada aquella antigua clase de pueblo que vendrá á confundirse en el resto de Madrid como las arenas en el mar.

Necesario es que deshagamos aquí dos errores en que han incurrido escritores apreciables: el primero suponiendo que la clase de pueblo, comprendida bajo la denominacion de *Manolos*, forma el tipo característico de los hijos de Madrid, y el segundo que esta clase está solamente restringida á la multitud que se ve escandalosamente infestar nuestras calles y plazuelas. Para deshacer el primer error basta considerar que si bien como en todas partes esta clase de pueblo es la que mas se deja ver, no guarda ninguna proporcion con la clase media y la alta de madrileños, ni éstos son tan afeminados como se les supone; los que en la corte afectan costumbres estrangeras, los mas intolerantes entusiastas de las modas, los que desdeñan los usos patrios, los superficial y falazmente omniscios, los de educacion asaz regalada y embebidos en las seducciones cortesanas, serán una corta porcion de cierta esfera: pero la generalidad compuesta de la clase media, son laboriosos, instruidos, fuertes, y que fácilmente se acostumbran á todos los estados favorables y adversos. Los madrileños, si bien no están alejados enteramente de los grandes puestos, tampoco los ocupan con preferencia á los demás, porque no teniendo union entre sí, ni espíritu de pais, ni aun decidido amor propio por mezclarse entre la multitud de forasteros que le hacen ser un pueblo ambulante, ceden aquellas ventajas á los andaluces, vizcainos, catalanes, valencianos y gallegos que con su mayor decision, menor arrogancia, y mas íntima union se auxilian mutuamente.

Los que cometen el segundo error, no atienden sino á la tradicion vulgar que dá aquel nombre especialmente á las mujeres escandalosas, como para denotar que pertenecen á la clase mas baja del pueblo. Esta vulgaridad hace exclamar misantrópicamente á un autor moderno: «Las mujeres conocidas bajo el nombre de manolas son dignas de tales esposos, de tales amantes. Su ingenio natural se convierte en desenvoltura; su animosidad en alevosia; sus gracias en el objeto de un vil tráfico; acostumbradas á ser maltratadas, los maltratan; para ellas y para ellos la mejor razon es el palo, y el argumento mas sublime la navaja, etc.» A la parte á que el autor quiso sin duda referirse cuadra exactamente su pintura; mas no todos los *Manolos* ni todas las *Manolas* pueden ser comprendidas en esa descripcion: es indudable que como gente en general pobre, carece de la educacion y moralidad conveniente y se confunde con la hez del pueblo. Por esto sus vicios son mas frecuentes y visibles; mas no anatematizándola, sino atrayéndola y tolerándola, ha de ser como la hagamos civilizada y que mezclándose con la generalidad vayan desapareciendo, ó al menos restringiéndose á las que comprendia aquel autor, como hemos manifestado se va logrando por las circunstancias públicas en medio de su desmoralizacion.

Concluiremos este cuadro de costumbres, que hace tiempo teníamos escrito, recordando que todas las poblaciones tienen una parte de pueblo bajo, que influye en su carácter y los da animacion y movimiento: Sevilla su Triana y Macarena; Valencia y Murcia sus huertas; Barcelona su Barceloneta; y Madrid su Lavapiés y Rastro.

JUAN MICUEL DE LOS RIOS.

## A L K.,

niña de cortos años.

¡Oh, qué placer! ya del trueno  
Se apaga el hórrido son,  
De sordos temores lleno,  
Ya brilla el azul sereno,  
Ya no ruge el Aquilon:

Ni chasca rota la caña,  
Ni tormentosos rádales  
Descienden de la montaña,  
Ni silhan los vendavales  
Que estremecen la cabaña.

Huyó el invierno, y huyeron  
Con él sus horas medrosas;  
Y en su lugar amorosas,  
Presto las alas batieron  
Auras de Abril vagarosas.

Cual leve sombra ligera  
Pasaron ya sus furoros;  
Ya la blanca primavera,  
En su carro de oro y flores,  
Cruzó gentil la pradera.

Y en su florida guirnalda  
Ciñen campos, montes, valles,  
De rosa, de lirio y gualda;  
Y en zafir, y en esmeralda  
Prende sus vistosas calles.

Ya en fontana cristalina  
La nieve al prado se lleva,  
De perlas fuente divina;  
Ya de la sierra vecina  
Libre la frente se eleva.

Y en la sombría enramada  
Mil alegres ruiseñores,  
En cántiga enamorada,  
Su amor dicen á su amada  
Que posa oculta entre flores.

Y solicito á gozar  
Arrullo tan tierno y blando,  
Tuerce su linfa al pasar  
Un arroyo, que saltando  
Va entre rosas y azahar.

Y el valle todo es amores,  
Y el viento son y armonía,  
Y el suelo alfombra de flores,  
Y el aire luz y alegría,  
Y el firmamento colores.

Y allí... mas... ¡oh! ¿no es aquella?  
¿Quién sino mi Luisa bella?  
Que bien me lo dice ya,  
Ser con las hermosas ella  
La mas hermosa que va.

Vedla por el campo verde  
Correr tras la mariposa  
Que vuela de rosa en rosa,  
Y ya acosada se pierde  
En la floresta sombría.

Vedla de la clara fuente  
Contemplarse en la luciente  
Onda que el zéfiro riza,  
Y gárrula se desliza  
Al prado en mansa corriente.

Y vedla... mas ¡ah! ¡rendida,  
Y de vagar fatigada,  
Quedóse al fin adormida  
Sobre la alfombra florida  
Que tapiza la cañada.

Y el ave con su canción  
La arrulla blanda y serena,  
La besa el aura á su son,  
Lecho le dá la azucena,  
Verdes parras pabellón.

«Duerme, duerme, ese es tu día,  
Y de ese sueño en que estás  
De inocencia y de alegría,  
Plegue á Dios, oh Luisa mía,  
Que no despiertes jamás.

En ese mundo que habitas  
Todo es placer, todo encanto:  
Las horas pasan benditas,  
Amargo no brota el llanto,  
Las flores no son marchitas.

Todo es reposo y amor,  
Y si dulce el eco suena  
En bullicioso clamor,  
Es como la cantilena  
Del nocturno pescador.

Duerme, duerme, y á la vida  
No quieras, Luisa, tornar,  
Que en ese Eden adormida  
Fuera luego el despertar  
Negra y horrenda caída.

Del mundo las anchas puertas  
Fácil entrada te ofrecen,  
Y ante tus ojos abiertas,  
Bellas tal vez te parecen  
Al brillar de oro cubiertas.

Oh Luisa, de sus umbrales  
No pases, no, y escondida  
Quédate, mi dulce vida,  
Entre los verdes rosales  
De su entrada florecida.

Y oculta entre su espesura,  
«Mi bien» te dirá el ambiente  
Que suave en torno murmura,  
«Mi amor» te dirá la fuente  
Al besar tu planta pura.

Y «amiga» en son regalado  
Te llamará el claro río,  
Y «esposa» te dirá el prado,  
Y «bella» el viento callado,  
Y «mi sol» el canto mío.

«Hermosa» el mundo también  
Si á él fueras te llamaría,  
Y venciendo tu desden,  
De oro y rosa ceñiría  
Rica guirnalda á tu sien.

¡Te aduerme y corona! si;  
Pero al coronarte el mundo,  
Es, hermosa, porque así,  
Puedas mal su labio inmundo  
Lejos rechazar de ti.

Y todos tu frente pura  
Marchitarán... y quién sabe  
Si con mano torpe, impura,  
También mancharé la llave  
Del huerto de tu hermosura!

¡Ay! que en el fango sumida  
El alma cándida y tierna,  
Fuera la cierva que olvida  
La vega do fué nacida,  
Por su cárcel sempiterna.

¡El tiempo! ¿de su guadaña  
Qué se resiste al embate?  
¿Qué palacio, qué cabaña,  
Qué portentosa montaña,  
A su aliento no se abate?

Tus ilusiones queridas,  
Paloma inocente y blanca,  
No pierdas, no; que perdidas  
De la flor de nuestras vidas,  
Son hojas que el cierzo arranca.

Duerme, duerme, ese es tu día  
Y de ese sueño en que estás  
De inocencia y de alegría,  
Plegue á Dios, oh Luisa mía,  
Que no despiertes jamás.

Madrid y junio 1849.

FRANCISCO VILA Y GOIRI.